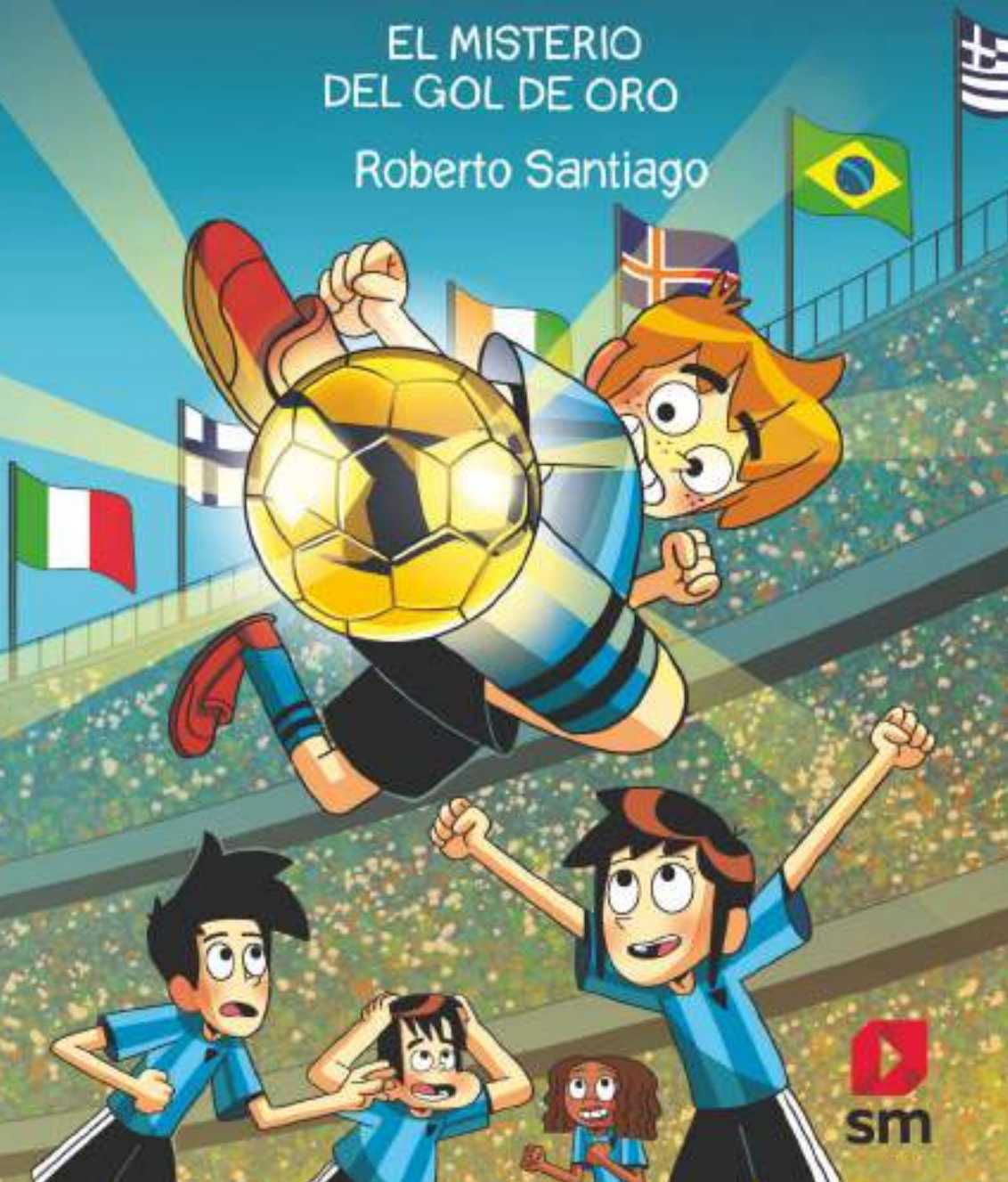


# LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO  
DEL GOL DE ORO

Roberto Santiago







Helena pisó el balón y... ¡le regateó en un palmo de césped!

¡Increíble!

Entró en el área de Los Dinos con el balón controlado.

El portero salió directo a por ella, moviendo los brazos como un molinillo.

Helena levantó la vista, me vio desmarcado y...

¡Me dio un pase medido!

El balón me llegó raso, perfecto.

Me quedé solo delante de la portería.

Solo tenía que empujar la pelota...

–¡Vamos, cariño, por lo que más quieras! –gritó mi madre desde el banquillo.

Mi madre Juana es la entrenadora del equipo. Es muy apasionada.

–¡Métela, Pakete, por el equipo, por el colegio, por el pueblo, por todos! –pidió Esteban, de pie al lado de mi madre.

Esteban es el director del colegio. Y es el otro entrenador del equipo.

Ya sé que es un poco raro, pero tenemos dos entrenadores.

Ah, Pakete soy yo.

Bueno, en realidad mi nombre es Paco. Pero, desde que fallé cinco penaltis seguidos en la Liga Intercentros, todo el mundo me llama Pakete.

El tiempo pareció detenerse.

Tenía que marcar como fuera.

Nos jugábamos mucho.

El primero que metiera gol se clasificaría para la segunda ronda del torneo más importante de todos los tiempos.

El Torneo de la Solidaridad.

Participaban un millón de equipos del mundo entero.

Lo voy a repetir, por si acaso alguien no lo ha entendido.

Era un torneo de fútbol infantil en el que participaban... ¡un millón de equipos!

¡Un récord mundial!

Se celebraba en un montón de sedes al mismo tiempo.

Y, para que diera tiempo, cada partido se disputaba a una modalidad única:

¡El gol de oro!

¿Eso qué significaba?

Pues que el primero que metiera gol... ganaba el partido.

De esa forma, cada encuentro podía durar unos pocos segundos, o un máximo de sesenta minutos.

Si, después de una hora, ningún equipo había marcado, el resultado se decidía a penaltis.

Más emocionante, imposible.

La idea había sido de una jugadora única: PATRIZIA ZABALA.

Más conocida como ZETA.

La mejor jugadora de fútbol del mundo entero.

Había ganado tres balones de oro, cinco Champions, un Mundial...

Era increíble.

Por lo visto, tuvo la idea del torneo cuando vio una imagen en las noticias con miles de niños desplazados en un campamento de refugiados.

Era terrible la cantidad de niños desplazados que hay en el mundo a causa de las guerras y las catástrofes naturales.

Niños y niñas que perdían sus casas y, en muchos casos, también a sus familias.

Zeta exclamó: «¡Todos deberíamos hacer algo para ayudar a esos niños!».

Y se le ocurrió hacer un torneo benéfico.

No uno cualquiera.

Un torneo histórico.

El más grande de todos los tiempos.

El Torneo de la Solidaridad.

Con equipos infantiles del mundo entero.

Cada equipo participante tenía que pagar 100 euros como cuota de inscripción.

Una cantidad simbólica.

Nunca se me han dado muy bien las matemáticas, pero 100 multiplicado por un millón son...

¡100 millones de euros!

Ese dineral se donaría íntegramente a la ONG que el equipo ganador decidiera.

Menuda responsabilidad.

Se había hecho una lista de ONG que se volcaban en ayudar a los niños. Habría que elegir entre ese listado.

La idea tuvo una acogida espectacular.

Enseguida se apuntaron equipos de todas partes.

En pocos días se alcanzó el objetivo: un millón de equipos.

Para que se pudiera disputar, había que jugar miles de partidos al mismo tiempo, en muchísimos lugares distintos.

En un solo día, si ibas pasando de fase, tenías que jugar cinco partidos.

Lo bueno es que cada partido no tenía por qué durar mucho.

Ya he dicho que todos se disputaban en la modalidad del gol de oro.

Podía tocarte jugar casi en cualquier campo del planeta.

Aunque las primeras rondas las hicieron por proximidad geográfica.

El torneo arrancó al mismo tiempo en un montón de campos de todo el planeta.

A nosotros nos tocó jugar en un polideportivo enorme de Madrid...

¡La Caja Mágica!

Lo habían adaptado con césped artificial y gradas retráctiles para que se pudieran disputar varios partidos a la vez.

Nuestro rival podría haber sido algún equipo famoso de los muchos que había por allí.

Pero en lugar de eso, nos tocaron... Los Dinos.

Eran de Moratalaz, un barrio de Madrid que me encanta. Tengo allí muy buenos amigos: los Balbuena.

La verdad es que Los Dinos se habían hecho célebres porque eran un poco... brutos.

Tenían el récord de juego sucio: 2.000 faltas, 125 tarjetas amarillas y 88 tarjetas rojas... ¡en una sola temporada!

Allí estábamos, disputando nuestro primer partido en el Torneo de la Solidaridad.

El partido se retransmitía por televisión.

Mucha gente nos estaba viendo.

—¡Pero venga! ¡Remata de una vez! —bramó mi madre.





Me preparé para golpear el balón.

Solo tenía que empujarlo a la red.

No había nadie delante de mí.

Giré la pierna derecha.

Y...

Y...

¡ZAAAAAAAAAAS!

Cuando estaba a punto de pegarle al balón, sentí un plantillazo en el tobillo.

–¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaag! –grité.



Caí al suelo de bruces.

No pude rematar.

–Menos grititos y más jugar –me dijo el capitán de Los Dinos, que era quien acababa de hacerme una entrada salvaje por detrás.

Llevaba el número 4.

Tenía el pelo completamente rapado.

Y, además del brazalete, llevaba unas muñequeras negras con sendos dinosaurios de color negro.

–¡Falta, árbitro! –exclamó Helena–. ¡Ha sido penalti clarísimo!

El árbitro, un chico muy joven con una cinta en el pelo y que, al parecer, se llamaba Federico, pareció dudar.

A su alrededor se sucedieron los gritos de unos y otros.

–¡He tocado el balón! –dijo el capitán de Los Dinos.

–¡Casi le parte la pierna al niño! –protestó mi madre.

–¡Ha sido un penalti como una catedral! –insistió Helena.

–¡Se ha tirado, lo hemos visto todos! ¡Tarjeta por simular falta!  
–pidió el portero.

El ambiente era ensordecedor.

Se jugaban tres partidos a la vez en la Caja Mágica. El campo original se había dividido a lo ancho. Como eran partidos de fútbol siete, cabíamos de sobra.

Los equipos que no jugaban esperaban atentos su turno.

Era una locura.

¡Apenas podíamos oírnos unos a otros!

–¡Penalti!

–¡Falta del delantero!

–¡Tarjeta roja!

–¡Di algo, árbitro!

El árbitro no pudo con tanta presión, estalló y gritó:

–¡No ha sido nada! ¡Vamos, juegue, juegue, juegue!

Señaló el balón para que continuara la jugada.

–Pero... pero... pero... ¡qué barbaridad! ¡Qué robo a mano armada! –protestó mi madre.

–Juana, tranquila, que te pierdes –le pidió Esteban.

El capitán de Los Dinos le pegó un tremendo zapatazo al balón, que salió disparado.

Yo me puse en pie, dolorido.

Me había dejado el tobillo machacado.

En ese momento, me di cuenta.

Había alguien en la banda, siguiendo el partido.

Era...

O sea, era...

Sí, sí, era...

¡Patrizia Zabala en persona!

¡Estaba viendo nuestro partido!

De los miles de encuentros del torneo que se estaban disputando en ese momento, había elegido el nuestro.

De repente, me puse supernervioso.

Patrizia se giró y su famoso mechón rosa se vio claramente.

Ella me sonrió y me hizo un gesto, como diciendo: «Ánimo, venga, tú puedes».

¿Se dirigía mí?

¿De verdad?

Sonreí como un pasmarote.

Y eché a correr.

Si Zeta me estaba animando, no era plan de andar quejándome.

El contraataque de Los Dinos fue cortado por Tomeo, nuestro defensa central. Es bastante lento, pero como ocupa tanto espacio, no es fácil regatearle.

Detuvo un pase a media altura con la barriga y lo despejó hacia la línea de banda.

Allí apareció Angustias, el lateral derecho.

–A mí no me paséis, por favor os lo pido –suplicó Angustias, que siempre estaba angustiado.

Desde la portería, Camuñas, con el número 1, se ajustó la gorra y exclamó:

–¡Vamos, Soto Alto, que no se diga!

Durante los siguientes minutos de juego, el partido se resumió en dos cosas.

Nosotros intentábamos atacar.

Y ellos se defendían con patadas, empujones y codazos.

Aunque el árbitro, indeciso, pitó algunas faltas, a Los Dinos parecía darles igual.

Ellos iban a lo suyo.

–Jugando así, no van a meter ningún gol; es imposible –dijo Ocho, el eterno suplente, desde el banquillo.

–A lo mejor no quieren marcar –replicó Anita, la portera suplente–. Puede que su estrategia sea llegar a los penaltis.

En la grada había miles de personas.

Desde nuestro pueblo, Sevilla la Chica, habían fletado varios autobuses para animarnos.

En primera fila, entre otra mucha gente, estaban mi padre y mi hermano Víctor.

–¡Venga, espabilado, haced algo de una vez, que os están mojando la oreja! –gritó Víctor desde la grada.

Mi hermano Víctor tiene quince años y lo que más le gusta en el mundo es meterse conmigo y darme collejas. También le encanta quejarse por todo en general.

–No hables así a tu hermano, que bastante tiene con lo que tiene –le advirtió mi padre.

Mi padre se llama Emilio y es policía municipal. Bueno, ahora es detective privado, porque le echaron de su trabajo y decidió montar una agencia como investigador.

Es el primer detective privado en la historia de Sevilla la Chica.

–¡Venga, animad un poco desde la grada, que para eso habéis venido! –pidió mi madre, levantando las manos.

Mi madre trabajó muchos años en una tienda de regalos y antigüedades. Después, también había colaborado en programas deportivos y culturales del ayuntamiento.

Últimamente, le dedicaba casi todo su tiempo al puesto de entrenadora. Por lo visto, era su sueño.

La gente del pueblo empezó a corear nuestro nombre:

–¡So-to Al-to ga-na-rá! ¡Ra-ra-ra!

En el terreno de juego, Marilyn se quitó de encima a dos jugadores de Los Dinos que la presionaban y me lanzó un pase de lado a lado del campo.

–¡Tuya, Paketel! –me gritó la capitana.

Corrí a toda velocidad y alcancé el balón.

Había sido un control estratosférico.





El balón salió disparado, pasó por encima del portero y, cuando parecía que ya iba a entrar...

¡CLONC!

Se estrelló contra el larguero.

–¡Si es que eres gafe! –se lamentó Víctor.

–¡Te lo he dicho y te lo repito: no le digas esas cosas a tu hermano! –le reprendió mi padre, muy serio.

–Es que un poco gafe sí que es –suspiró mi madre, llevándose las manos a la cabeza.

De rebote, el balón se quedó muerto en el área pequeña.

El portero y yo intentamos llegar a la pelota.

Él fue con las piernas por delante.

Cuando yo estaba a punto de tocar el balón, me hizo una entrada a lo bestia con las dos botas a la vez. Tuve que pegar un salto para que no me arrasara.

Aun así, caí y caí... encima de él.

Quedamos los dos hechos un gurrño en el césped.

–¡Falta del número 7! –exclamó Federico, el árbitro, haciendo sonar el silbato.

Ese era yo.

–¡Pero si me ha entrado con los tacos por delante! –protesté.

Para colmo, el árbitro me sacó tarjeta amarilla.

–Al árbitro no se le replica –dijo–. Y al portero no se le toca dentro del área pequeña.

Puffffffff.



Nos cosían a patadas.

Y, encima, la única tarjeta de todo el partido me la habían sacado a mí.

En los otros campos improvisados, los equipos iban entrando y saliendo.

Con el gol de oro, la mayoría de los partidos duraban unos pocos minutos.

El único encuentro que se estaba alargando era el nuestro.

En ese momento, todos los videomarcadores de la Caja Mágica se iluminaron.

Acompañados por una música épica, mostraron una imagen brillante y luminosa.

El trofeo del torneo.

La Gran Copa de la Solidaridad.

Una copa hecha con minerales extraídos de las minas más profundas de algunos países que habían colaborado.

Esmeraldas verdes.

Rubís rojos.

Y lapislázuli de color azul.

Era muy chula.

Solo un equipo entre un millón levantaría aquella copa.

Cuanto más lo pensaba, más asombroso me parecía.

UN MILLÓN DE EQUIPOS ESTABAN JUGANDO AL MISMO TIEMPO POR TODO EL MUNDO.

—¡Cuidado! —gritó Tomeo.

El número 9 de Los Dinos chutó desde el borde de nuestra área y el balón... ¡le impactó a Angustias en pleno rostro y lo desvió afuera!

–¡Bien despejado! –dijo Camuñas.

El lateral cayó desplomado al suelo.

–Si es que lo hacen aposta –se quejó Angustias, llevándose la mano a la cara, que se le había puesto roja–. Golpes, patadas, balonazos... Quieren acabar con nosotros.

–¡Cambio, árbitro! –pidió mi madre.

Quedaba poco para que se cumpliera el tiempo reglamentario.

Salieron Angustias y Tomeo.

En su lugar entraron Ocho y Anita.

Antes he dicho que Anita es la portera suplente, pero a veces también es jugadora de campo.

En algunos partidos, incluso ha metido auténticos golazos.

–¡Presión en todo el campo! ¡Casi no queda tiempo! –ordenó mi madre.

–¿¡Presión!?! –exclamó Marilyn–. Si cada vez que nos acercamos, nos arrear.

–Tal y como está la cosa, casi mejor aguantar y llegar a los penaltis –dijo Esteban.

–De eso nada. Somos el Soto Alto –aseguró mi madre–. ¡¡¡A por ellos!!!

Se había ido concentrando gente alrededor de nuestro campo. El partido estaba muy emocionante.

En el marcador se sucedían los nombres de los equipos que iban clasificándose para la segunda ronda en otras partes.

Sin embargo, nosotros seguíamos atascados.

–¡Apenas quedan unos segundos! –avisó mi madre–. ¡Corred, por lo que más queráis! ¡Vamos, vamos, vamos!

Helena y Anita cruzaron el campo haciendo una pared al primer toque.

Un pase.

Otro.

Otro más.

Entre las dos, fueron dejando atrás a todos los rivales.

Anita había entrado al campo con mucho ímpetu.

Toni y yo corríamos por los extremos, acompañando la jugada.

Al llegar al pico del área, Helena recibió de Anita, giró sobre sí misma y...

¡Me dio un pase de tacón, sin mirarme!

¡Fue prodigioso!

La gente se puso en pie y aplaudió entusiasmada.

Por tercera vez, me planté con el balón delante de la portería.

Era la última oportunidad.

Había tenido las ocasiones más claras de todo el partido.

No podía volver a fallar.

–¡Pásame! –gritó Toni, levantando la mano mientras entraba por el otro lado del área.

–¡Chuta, Pakete! –gritó Anita, desesperada.

Observé de reojo al portero, a Helena, a Toni, a Anita, a mi madre...

Busqué con la mirada a Patrizia Zabala.

Ojalá me estuviera viendo.

Tomé impulso.

Y...

